

Toponimia  
y poder religioso  
y poder religioso

*Xulio Concepción Suárez*

(Extracto del artículo "Toponimia y poder religioso",  
publicado en la Revista **Lucus**, nº 3 (pp. 41-64),  
Oviedo 2002)

---

Las palabras que siguen podrían resumirse así: el lenguaje toponímico, analizado desde sus raíces preindoeuropeas, revela que las sucesivas culturas religiosas tuvieron un enorme poder transformador en el espacio y en el tiempo. Una buena parte de los topónimos considerados hoy de origen cristiano y latino, no son más que transformaciones de ritos y cultos prerromanos. Y una buena parte del santoral cristianizado no parece sino la santificación de un simple entorno natural, utilizado por los sucesivos pobladores que se fueron asentando en estas montañas desde tiempo inmemorial. Es el culto al medio: la necesidad de sobrevivir en un entorno montañoso, en el que con mejor o peor ceño había que convivir. Ahí están los topónimos como documentos lingüísticos imprescindibles para contarlos: es la otra “lectura” del paisaje.

*The following words could be summed up like this: the toponimic language, analysed from its pre-indoeuropean roots, shows that the consecutive religious cultures had a huge changing power in space and time. Most place-names, which are considered nowadays to have christian and latin origins are just versions of pre-roman rites and worships. Furthermore, a great part of the calendar of saints' days looks nothing else but the sanctification of the simple natural environment, which was used by the consecutive settlers who settled in these mountains since time immemorial. It is the worship to the environment, nature: the need to survive in a mountainous landscape, where people had to live together. Here are the placenames like essential linguistic documents to tell you about it. It is the another “**reading**” of the landscape.*

*Anotación previa: bastante más allá de los romanos*

A menudo se nos viene dando *una visión de la historia* que parece comenzó con las *innovaciones romanas*. Y, a juzgar por la toponimia, no parece del todo así. Una buena parte del lenguaje toponímico se remonta a costumbres y *referencias culturales preexistentes a la romanización*, que, a todo más, sólo fueron reutilizadas, transformadas, reconvertidas por la cultura latina y la cristianización ulterior: los nombres referidos a ciertas *plantas, animales, lugares de culto, mitos, dioses...*, tienen *raíz preindoeuropea, indoeuropea, celta...* El poder religioso, interno a los nativos, o impuesto por las instituciones hizo todo lo demás, y se continúa estos mismos días, como veremos.

Ciertamente, los árboles más usuales (*fayas, robles, encinas...*), divinizados en muchos casos, llevan raíces prerromanas; los *animales* más familiares (*cabras, ovejas, cerdos, vacas...*), también; los lugares de la *vienda* (*cuevas,orros, castros, cabañas...*), los *dioses...*, llevan nombres empleados mucho antes que llegaran a estas montañas las palabras latinas. Más aún, hay muchos *topónimos híbridos: sufijo latino sobre raíz prelatina* (*Castiechu, Urriellu, Nareo, Oviedo* mismo, sin ir más lejos...).

A modo de ejemplo, sirva el caso de las voces *castro, castiellu*, que se vienen dando como palabra latina, sin más autocrítica. Según *Edward Roberts*, en cambio, se trata de la raíz indoeuropea *\*kes-* ('cortar'), en su variante *\*kas-*, más sufijo *-tr-* ('lugar de'), para designar 'el asentamiento de las viviendas' en *lugar apartado, separado, inaccesible, recinto fortificado*, en definitiva, como corresponde a los *castros* y *castiechos* asturianos, siempre en promontorios naturalmente fortificados por sí mismos, o de difícil acceso en su tiempo. El mismo origen tendría *castrar* (lo que son los sentidos evolucionados de las palabras). De hecho, existió *Kastilo* (Cástulo), capital de los oretanos, en Jaén, interpretada a partir del prerromano *\*kas-* ('elevado'), más *\*til-* ('fortaleza').

*La transformación cultural del entorno prerromano: el río Santagustia (Ponga)*

En este entorno natural, inmemorialmente reutilizado, la cultura cristiana pronto se hubo de preocupar por recoger todos aquellos lugares ya señalados por los nativos como puntos de interés en su vida cotidiana. Parte así de topónimos preexistentes como lugar de encuentro de los habi-

tantes de una zona consigo mismos y con los dioses: esos lugares que es preciso frecuentar y mantener para poder seguir existiendo sobre un medio, siempre más o menos hostil.

Así se explican casos como *Covadonga*, *Santa Cristina de Lena*, *Bendueños*, *El Tesu la Oración*, *El Chao San Martín*, *Santu Mederu...* O *Santa Cruz de Mieres*: tal vez antes sólo un *soto* boscoso (lat. *saltum*), en una encrucijada de caminos, como los vecinos *Figareo*, o *Sotiello* en Aller). El poder transformador y cultural del entorno.

De esta forma, los nativos fueron concentrando su atención en determinados lugares benéficos en su opinión, o placenteros a las fuerzas naturales: allí, fueron levantando por ejemplo los dólmenes (*Dolmen de Padrún*, *Dolmen de Merillés...*); o fueron asentando *lugares de vivienda* en *corros* y *castros*, que luego dieron villas y poblados, una vez disminuidos los peligros que los obligaban a esentarse permanentemente en las alturas y puntos estratégicos de vigilancia continua.

En muchos de estos parajes estratégicos está hoy *la iglesia o el cementerio parroquial* (*Castiecho*, *El Questru de Xomezana...*): lo más alto, lo más estratégico de la parroquia, por razones muy variadas.

*Bosques reconvertidos con nombres de santos.*

Y hay muchas razones para afirmar esto sobre el terreno. El mismo entorno natural habitado fue pronto sacralizado y luego cristianizado sin solución de continuidad. Unos cuantos lugares con nombres de santos puede que no sean sino bosques (*saltus*) hábilmente santificados. Por ejemplo, *El río Santagustia* (*Santabustia*, según otros) es el que descende de los altos de Viegu (Ponga) por el profundo encajonamiento que se forma entre las escarpadas calizas de Peña Salón y El Pierzu. Es evidente que aquí no cabe *santa* alguna.

A juzgar por la espesura enmarañada del bosque, hay que pensar más bien en un derivado de *saltum* ('soto, bosque'), más *angosta* ('estrecha, encajonada'), como corresponde a todo el desfiladeru de Los Beyos (indoeuropeo *\*bed*, 'cauce, zanja'); o al vecino *Puente Vidosa*: antes con muchos más 'abedules' sin duda: un bosque de *abidules*. Como otros dicen *Santabustia*, también podría tratarse de un *saltum*, más *busta* ('lugares quemados con frecuencia para convertirlos en zonas más habitables'). En todo caso, una santificación de un paraje sin más: tal vez entonces peligro-

so, misterioso, o beneficioso por su cobijo y sus frutos, según las épocas del año.

*El bosque: lugar de casi todo, un tiempo atrás*

Muchos otros parajes llevan nombres que en sus contextos de origen tuvieron funciones sagradas: *Lugo* (céltico \**lugh-*, ‘bosque sagrado’), *Lugo Llanera*, *El Lugarín...* Y tal vez tantos otros como *Silvaniella*, *Serviella*, *Soto*, *La Sota*, *Sotiello*, *El Bosquín...*, siempre más o menos envueltos entre la leyenda y el mito. El bosque en el invierno debía ser lugar *de casi todo: de alimento, de vida, de cobijo, de caza, de leña para el fuego, de protección en la emboscada* (de ahí el nombre también). Lugar *divino*, por tanto.

Resulta paradójico comprobar hoy que todo el *contorno natural de Oviedo* estuvo tupido de bosques tiempo atrás: *Soto Ribera*, *Soto Rey*, *Las Mazas*, *Lugo Llanera*, *Pumarín*, *Carbayín...* Por algo el mismo símbolo de los ovetenses es el *carbayu*: el árbol por excelencia de los frutos de bellota, panificables a la llegada de los romanos, según Plinio y Strabon.